

Hablando en castellano,
 mordiendo erre con erre por lo sano,
 la materia verbal, con rabia y rayo,
 lo pone todo en claro.
 Y al nombrar doy a luz de ira mis actos.
 Hablando en castellano,
 con la zeta y la jota en seco zanjo
 sonidos resbalados por lo blando,
 zahondo el espesor de un viejo fango,
 cojo y fijo su flujo. Basta un tajo.
 Hablando en castellano,
 el *poblo*, *puoblo*, *puablo*, que andaba desvariando,
 se dice por fin *pueblo*, liso y llano,
 con su nombre y conciencia bien clavados
 para siempre, y sin más puestos en alto.
 Hablando en castellano,
 las sílabas cuadradas de perfil recortado,
 los sonidos exactos, los acentos airados
 de nuestras consonantes, como en armas, en alto
 atacan sin perdones, con un orgullo sano.
 Hablando en castellano,
 las vocales redondas como el agua son pasmos
 de estilo y sencillez. Son lo rústico y lo sabio.
 Son los cinco peldaños justos y necesarios
 y, de puro elementales, parecen cinco milagros¹⁷¹.

Menéndez Pidal fija por los años de 1067 a 1140 la lucha por la hegemonía castellana¹⁷². Después de esta última fecha la suerte de los otros romances peninsulares queda echada. La redacción del *Cantar del Cid* (c. 1140) pone punto final a un largo período de lucha. Ahora Castilla lleva su lengua, sin competidores, a las tierras de nueva conquista. En el siglo XIII, San Fernando toma Córdoba (1236), Sevilla (1248) y Alfonso el Sabio, con ayuda de su suegro Jaime I de Aragón, somete Murcia (1266). La acción peninsular del castellano quedaba cumplida. Doscientos años más tarde comenzaba otra nueva expansión: la de América; y una larga peregrinación por tierras de Europa y Oriente próximo: la de los judíos españoles. Tal fue el destino afortunado de una lengua que empezó siendo el dialecto extraño de unas gentes belicosas; pero aquellos castellanos que defendieron los pasos contra la morisma, forjaron su voluntad en el duro ejercicio de la guerra y labraron una lengua —con iniciativa y sin vacilaciones— que se convirtió en maravilloso instrumento para expresar su voluntad y su vocación. Adivinando la suerte futura, el ignorado cantor de Arlanza exclamaba en un momento de emoción castellanizadora:

Pero de toda Spaña, Castiella es mejor
 por que fue de los otros el comienço mayor...,
 Aun Castiella Vieja, al mi entendimiento,
 mejor es que lo al, porque fue el çimiento,
 ca conquirieron mucho, maguer poco convierto,
 bien lo podedes ver en el acabamiento¹⁷³

¹⁷¹ De su libro *Cantos iberos, recogido también el poema en Cuatro poetas de hoy, Madrid, 1965, págs. 113-116. Otro gran poeta vasco dirá: «Aquí os dejo mi voz escrita en castellano» (Blas de Otero, En castellano. México, 1960, pág. 7). Pensamos —y el recuerdo de Unamuno no se puede soslayar— en la posición emocionada de estos vascos ante Castilla, pareja a la de otro poeta de su tierra ante la obra de Roma. Ramón de Bastera, El vizcaíno en el foro romano, esculpiría en verso marmóreo: «Entre escombros, hoy bárbaro redento, vivo».*

¹⁷² Orígenes del español, págs. 510-514.

¹⁷³ Fernán González, estrofas 157-158.

La estructura lingüística de la Romania

Hemos visto hasta ahora el nacimiento y expansión del castellano. Quedan por considerar otros dos problemas fundamentales: qué posición tiene esa lengua en el gran conjunto de la Romania y cuál es su estructuración actual. Pasemos a analizarlos. Gerhard Rohlfs dedicó un importante trabajo para caracterizar el léxico románico¹⁷⁴. En sus conclusiones veía que, considerando un conjunto de cincuenta problemas, el rumano presentaba en veinticinco ocasiones un tipo léxico propio, independiente del resto de la Romania, pero le seguían inmediatamente el castellano y el portugués, con dieciocho formas originales¹⁷⁵. Merece la pena consignar esta gran individualidad del castellano frente a los otros romances. Al proceder a la enumeración pondré entre paréntesis las bases latinas que dan sus derivados al resto de las lenguas románicas: *manzana* (poma), *pierna* (crus, gamba), *quemar* (ustulare, bruslare, ardere), *nada* (res), *mañana* (mane), *comer* (manducare, magulare), *olvidar* (escadescere), *becerro* (vitellus), *cordero* (agnellus), *cabeza* (testa), *carbajo* (robur), *albañil* (makio, petrarius, etc.), *chivo* (capreone, capro), *sien* (tempula), *zorra*, *raposa* (vulpes), *mujer* (domina), *querer* (volo). Es notable observar que las lenguas romances periféricas (la de Dacia y la de Hispania)¹⁷⁶ tienen un fondo lingüístico muy específico, como consecuencia de la fuerza centrífuga que las hace escapar de la acción de la Romania Interior. (Para completar con exactitud este cuadro habría que decir que castellano y portugués constituyen, en esencia, una unidad léxica de la que se ha apartado —por razones históricas— el catalán)¹⁷⁷. Más de una vez se ha señalado este parentesco existente entre Rumania y la Península Ibérica en lo que respecta a la conservación de los elementos lingüísticos más antiguos, frente a la concordancia de la Romania central (Francia e Italia, principalmente), caracterizado por su léxico de carácter más reciente. El gran lingüista italiano Matteo Bartoli habló de una Romania de cuatro miembros (Iberia, Galia, Italia, Dacia)¹⁷⁸, en la que el latín se estructuraba de dos a dos, coincidiendo el centro y los extremos. De acuerdo con las investigaciones de Rohlfs, a que ya se ha hecho mención¹⁷⁹, podría trazarse el siguiente esquema, en el que figuran una serie de ejemplos concretos:

¹⁷⁴ Diferenciación léxica de las lenguas románicas, traducción y notas de M. Alvar, Madrid, 1960.

¹⁷⁵ Págs. 141-142 de la op. cit. en la nota anterior.

¹⁷⁶ Cfr. M. Bartoli, «Iberia-Dacia», en el Breviario di neolingüística. Modena, 1928, págs. 84-86, e I. Jordan, «El rumano y el español, áreas laterales de la latinidad», en Dos estudios de lingüística románica, Montevideo, 1964.

¹⁷⁷ Vid I. Jordan, «Cu privire la lexicul limbilor ibero-romanice» (Rev. Filol. Rom. Germ., I, 1957, pág. 104), traducido al español (en el folleto citado en la nota anterior) con el título de «Sobre el léxico de los idiomas ibero-romances».

¹⁷⁸ Breviario, ya citado, págs. 69 y ss.

¹⁷⁹ Vid. Rohlfs, op. cit., págs. 143-144.

IBERIA	GALIA	ITALIA	DACIA
magis	plus	plus	magis
fervere	bullire	bullire	fervere
rogare	precare	precare	rogare
humerus	spatula	spatula	humerus
afflare	tropare	tropare	afflare
equa	iumentum	caballa	equa

He aquí un nuevo motivo de consideración: el castellano es arcaizante dentro del conjunto de las lenguas neolatinas e innovador entre las hablas peninsulares. Vemos cumplirse una de aquellas famosas leyes de los neolingüistas, según la cual las áreas

extremas son siempre arcaizantes. Arcaizante, pues, el castellano frente al francés o al italiano, pero arcaizantes el aragonés o el leonés con respecto al castellano. Algo de esto había intuido hace casi medio siglo el más grande de todos los comparatistas. Al oponer el castellano a los otros romances, veía Meyer-Lübke ese carácter « eminentemente conservador »¹⁸⁰: es la única lengua que conserva la diferencia entre la segunda persona del plural del presente de indicativo y su correspondiente del imperativo (*cantáis - cantad* de acuerdo con la estructura latina *cantatis-cantate*); la única, también, que conserva el primitivo *cantaverint* convertido en *cantare* (la única lengua literaria, porque el macedo-rumano lo posee también y Dante lo usó en la *Vita nuova*, aunque desapareció del toscano en época muy antigua, acaso el siglo XV); la única, por último que mantiene los herederos del relativo *cujus* (*cuyo*); por otra parte, el castellano no acepta vulgarismos de carácter general, como *illorum* (de donde el italiano *loro*, el francés *leur* y el aragonés *lur*) o como las creaciones participiales en *-utus*. Esta estructura muy coherente del castellano con respecto al latín no pugna con lo que anteriormente se ha dicho. Líneas atrás hemos señalado la originalidad del léxico castellano dentro de la estructura de la Romania; pero esta estructura es de carácter latino en la casi totalidad de los ejemplos y afecta a la fidelidad con que Castilla respectó la más vieja herencia de Roma, salvándola de perturbaciones modernas¹⁸¹. Esto mismo ocurre, según vemos, en la morfología, y así lo sentían los humanistas del Renacimiento cuando escribían discursos que podían ser latinos o castellanos; el ejercicio retórico que hoy puede parecernos una puerilidad tenía una base real: demostrar la dignidad de un romance porque —según querían probar— se parecía al latín más que ningún otro¹⁸². Ahora bien, el juego humanístico tenía su fun-

¹⁸⁰ *Proceden estos informes de una conferencia dada en la Facultad de Letras de Madrid y allí impresa en 1922* (El español comparado con las otras lenguas romances).

¹⁸¹ G. Rohlfs, en el libro al que ya me he referido (págs. 152-154), intentó deducir la estratigrafía del léxico románico de las cuestiones que había estudiado. Para él, el mayor grado de innovación pertenece a la Romania Central. Si ejemplificamos con unos pocos testimonios, tendríamos el siguiente esquema:

PRIMER CORTE

nurus
ire

cras
flere
invenire
caecus
edere
advenire
emere

SEGUNDO CORTE

nura
vadere
mane
plorare
afflare
orbis
comedere
plicare
comparare

TERCER CORTE

nora
ambulare
demane

plangere
tropare, captare
aboculis
manducare
adripare
accaptare

Contemplando las listas que acabamos de copiar, se ve que el español ha conservado un par de elementos del corte más arcaico (*ire* = ir, *caecus* = ciego), mientras que en esa breve lista de nueve términos ha aceptado no menos de seis innovaciones del segundo corte (*maneana* por *mane* = mañana, *plorare* = llorar, *afflare* = hallar, *comedere* = comer, *plicare* = llegar, *comparare* = comprar), y sólo tolera una innovación del tercer

corte: *nora* = nuera. Según se ve de estos ejemplos, ordenados con otros fines y por un investigador extranjero, el español aceptó las innovaciones históricas del latín, aunque mantuvo algún rasgo muy arcaizante, mientras que desechó las modificaciones excesivamente vulgares o tardías de la Romania Interior (Francia, Italia).

¹⁸² Vid. E. Buceta: «La tendencia a identificar el español con el latín» (HMP, I, 1925, págs. 85-108), y «De algunas composiciones hispano-latinas en el siglo XVII» (RFE, XIX, 1932, págs. 388-414). En la Historia de la lengua española